

**DEL CÍRCULO A LA FLECHA Y DE LA FLECHA AL BOOMERANG.
LAS REPRESENTACIONES DEL TIEMPO TARDO-MODERNAS EN
LAS ESFERAS DEL TRABAJO Y DEL CONSUMO**

FROM THE CIRCLE TO THE ARROW AND FROM THE ARROW TO THE
BOOMERANG. THE REPRESENTATIONS TODAY OF TIME IN THE
SPHERES OF WORK AND CONSUMPTION

José Francisco Durán Vázquez
Universidad de Vigo. España/Spain
tabeiros@hotmail.com

Recibido/Received: 27/01/09

Aceptado/Accepted: 19/08/09

RESUMEN

El presente artículo pretende analizar las representaciones del tiempo hoy predominantes en las esferas del trabajo y del consumo. Desde nuestra perspectiva, estas representaciones hay que entenderlas en el contexto del postfordismo, al haber creado un escenario en el que la estabilidad y la seguridad de la época anterior ha devenido inestabilidad e incertidumbre, pero también dentro del proceso de modernización de las sociedades occidentales, que ha contribuido a que los individuos se desprendiesen gradualmente de sus anteriores lazos de pertenencia colectiva para hacerse cada vez más dependientes de la administración y del mercado, potenciando por este camino sus subjetividades. En este proceso el trabajo y el consumo han jugado un papel fundamental. En las condiciones de la modernidad tardía, cuando estos mercados son cada vez más inestables y cambiantes, y cuando los sujetos más dependientes son de los mismos, pero cuando se sienten también más independientes y autónomos con respecto a las instancia colectivas, emerge una noción del tiempo orientada hacia el presente, que se objetiva y legítima en relación con la condición de estos mercados, instaurando una temporalidad de urgencia y de cambio permanentemente, y que se subjetiva al vincularse con las oportunidades que tienen los sujetos de construir sus identidades de forma más autónoma y libre en un entorno tan abierto y tan móvil.

PALABRAS CLAVE

Tiempo, cambio, presente, objetivo, subjetivo.

ABSTRACTS

This article aims to analyze the representations of the time now prevailing in the areas of labor and consumption. From our perspective, these performances need to be considered in the context of postfordism, which has created a scenario in which the stability and security of the previous era has become instability and uncertainty, but also in the process of modernization of Western societies, having evolved gradually for individuals of their previous ties of collective ownership by making ever more dependent on administration and market in this way enhance their subjectivities. In this process work and consumption have played a key role. Under the conditions of late modernity, as these markets are increasingly volatile and changing, and when the subjects are more dependent on them, but when they feel more independent and autonomous in relation to other collective body, an emerging a concept of time oriented on the present, legitimate objective and that is related to the status of these markets, establishing a temporary emergency and

permanent change, and that is subjective to be linked with opportunities for people to construct their identities in a way autonomous and free in an environment as open and as mobile.

KEYWORDS

Time, change, present, objective, subjective.

1. INTRODUCCIÓN

El tiempo es una construcción social que organiza y da sentido a la vida de los miembros de una determinada colectividad. Podemos afirmar con Castoriadis que no sólo es que “cada sociedad tenga una manera propia de vivir el tiempo, sino que cada sociedad es también una manera de hacer el tiempo y de darle existencia” (Castoriadis, 1998: 73). El tiempo que cada sociedad histórica “despliega al existir” es a la vez una realidad objetiva y subjetiva. Por un lado, es la creación de los sujetos en su mutuo proceso de interacción social, pero por el otro es percibido por estos mismos sujetos como un hecho externo que no cabe sino aceptar como algo natural, como perteneciente a la esfera de lo “dado por supuesto” (Berger y Luckmann, 1997: 79 y ss). El proceso por el cual un hecho social cualquiera se convierte, a pesar de ser construido socialmente, en una realidad externa, supraindividual y objetiva, se conoce como institucionalización. La institucionalización es la antesala de la legitimación, de la aceptación de una realidad como necesaria e incuestionable (Berger y Luckmann, 1988: 77 y ss) a lo largo de un proceso histórico.

En las sociedades de la modernidad tardía el tiempo posee también esa doble dimensión objetiva y subjetiva, pero con un especial acento en el presente y con un carácter marcadamente contradictorio. En efecto, en las sociedades actuales el tiempo, vertebrado en torno al presente, aparece como un hecho objetivo, cambiante e incierto, pero también como una oportunidad de más autonomía y libertad para los sujetos. Este carácter ambivalente del tiempo puede ser observado en distintos ámbitos, y en especial en el trabajo y el consumo, objeto de este artículo. En ambos contextos el tiempo se construye en referencia al presente y con esas mismas cualidades objetivas y subjetivas que hemos mencionado anteriormente. Esta temporalidad, que responde a la metáfora del boomerang que hemos incluido en el título de este trabajo, por considerar que expresaba adecuadamente la imagen de un tiempo que los sujetos sienten que dominan y que les domina, estaría relacionada tanto con las transformaciones ocurridas en estos ámbitos en las últimas décadas, como con el creciente individualismo derivado del propio proceso de modernización de estas sociedades.

El trabajo que a continuación presentamos se estructura en tres partes. En la primera, se mostrará como en las sociedades preindustriales ni el trabajo ni el consumo tenían la capacidad de construir por sí mismos una determinada concepción del tiempo. En la segunda, se pondrá de manifiesto como en ambas esferas emergerá una representación del tiempo derivada de su propia dinámica de funcionamiento. Por último, en la tercera parte, se expondrá como en la modernidad tardía, en virtud de las transformaciones acaecidas en los mundos del trabajo y del consumo, y debido al creciente proceso de individualización, al cual han contribuido notablemente estos dos ámbitos, se configurará una nueva representación del tiempo en ruptura con aquella otra que había imperado en la primera etapa de la modernidad.

2. EL TIEMPO EN LAS SOCIEDADES PREINDUSTRIALES

En el mundo Greco-Romano el tiempo tenía un carácter cíclico en relación con el orden del Kosmos, reflejo a su vez del orden del mundo. Frente a este carácter circular, repetitivo e inmortal de la naturaleza, los hechos humanos eran singulares, efímeros y mortales. Guiados por la preocupación de lograr la inmortalidad, por trascender la dimensión temporal de la vida humana, los hombres de la Antigüedad Clásica vieron en el ámbito de lo político y en las acciones militares y deportivas, en la palabra y en la acción, el mejor modo de superar la contingencia de la vida humana y, por tanto, el olvido (Arendt, 2003: 70 y ss). El historiador y el poeta fueron los encargados de perpetuar el recuerdo a través de sus escritos. Aun así, griegos y romanos siguieron interpretando los acontecimientos humanos con el mismo criterio circular y cíclico que aplicaron a la naturaleza. De esta visión del tiempo participaba Marco Aurelio cuando escribía en sus *Meditaciones*: “El alma racional vaga alrededor del mundo y a través del vacío circundante mira hacia el tiempo infinito, y considera las periódicas destrucciones y renacimientos del universo y piensa que nuestra posteridad no verá nada nuevo y que nuestros antepasados no vieron nada más grande que lo que nosotros estamos viendo” (Citado en: Bury, 1971: 23).

En oposición a la importancia concedida a las actividades antes mencionadas, las esferas de la existencia consagradas a atender las necesidades materiales de la vida fueron descuidadas y relegadas al ámbito de lo privado, pues nada se encontraba en ellas que pudiese elevar la condición humana (Arendt, 1998: 37 y ss). Este hecho explica por qué el trabajo y el consumo fueron vistos como actividades estrictamente privadas, sometidas al ciclo repetitivo y sempiterno del proceso de la reproducción de la vida. Ni siquiera existía en Grecia una palabra para referirse a algún quehacer semejante al trabajo (Vernant, 1985: 253). Ni jamás se pensó que a partir de esta actividad pudiese establecerse algún tipo de lazo social o político. “Imaginad- escribe Aristóteles- diez mil hombres que se reúnen en los mismos muros, que se casan, que cambian sus productos: siendo los unos carpinteros, los otros labradores, zapateros...eso no compondrá una ciudad” (Citado en Vernant, 1985: 266). El consumo, por su parte, estaba limitado al círculo de los usos concretos que satisfacía, más allá de lo cual su expansión carecía de sentido. El artesano, por ejemplo, era un fabricante de objetos con un determinado valor de uso, aunque no de cambio¹. En ningún momento pudo construirse, por tanto, en torno a esta actividad algún tipo de temporalidad que obedeciese a una supuesta lógica comercial o económica.

Esta concepción del tiempo predominó en la Edad Media en los dos ámbitos aquí estudiados. Ni el trabajo, ni el consumo fueron capaces de articular por sí mismos una particular experiencia del tiempo. Ambos órdenes estaban integrados en una estructura social y en un orden de representaciones en los que el tiempo dominante era el del pasado, el de la tradición, que actuaba como ejemplo orientando la conducta individual y la colectiva.

Por lo que hace referencia al trabajo, el mundo medieval siguió manteniendo una actitud negativa hacia el mismo. El cristianismo, por ejemplo, jamás le otorgó un lugar preeminente, sino que lo consideró, por el contrario, como una actividad secundaria frente a la verdadera meta de la vida que era la salvación. Así, en el Génesis dicha ocupación aparece contemplada como el castigo que los hombres debían soportar para expiar el pecado original. Esta misma actitud persistió en el Nuevo Testamento, en donde las necesidades de la vida material están supeditadas a la búsqueda del reino de Dios: “No os preocupéis, pues, diciendo- podemos leer en Mateo- ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? (...) bien sabe vuestro Padre Celestial que de todo eso tenéis necesidad (...) Buscad, pues,

primero el reino y su justicia, y de todo eso se os dará por añadidura” (Nuevo Testamento: Mateo, VI, 25-35). Cuando el trabajo mereció otra consideración, su finalidad era siempre de orden secundario, apartar el espíritu de las tentaciones del cuerpo, como en la Regla de San Benito (Le Goff, 1983: 159), o procurar los medios necesarios para el mantenimiento de la vida, valor sagrado para los cristianos.

A pesar de que el cristianismo era una religión de salvación, y por ello con un comienzo y un final, lo que potenciaba en principio una visión lineal y futurista de la historia, no por ello se apartó de la concepción greco-romana del tiempo en su interpretación de los acontecimientos de la historia secular² (Arendt, 2003a: 105 y ss). También para los cristianos la historia obedecía a un ciclo repetitivo de acontecimientos, de los que era posible extraer una serie de ejemplos útiles para la humanidad. Esta temporalidad fue la que gobernó los asuntos humanos, fueran estos públicos o privados. En este contexto, las actividades laborales estuvieron sometidas a un ritmo y a unos tiempos que no obedecían a ninguna lógica productiva, sino al ciclo repetitivo de la naturaleza sancionado por el calendario cristiano, contribuyendo así a instaurar un tiempo anclado en la costumbre inveterada.

Por lo que respecta al consumo, siguió siendo valorado, o bien como un hecho meramente utilitario relacionado con las necesidades inferiores de la vida material, o, cuando se trataba de un consumo suntuoso y ostentoso de tipo aristocrático, como la afirmación de una identidad social vinculada a la tradición y al pasado (Veblen, 2003: 90 y ss; Lipovestky, 1990: 27 y ss). De la escasa importancia atribuida a esta actividad, autónomamente considerada, en las sociedades preindustriales, incluso hasta los mismos inicios de la industrialización, da viva muestra el hecho de que la Enciclopedia Británica de 1910 sólo le dedicase una brevísima reseña (Bauman, 2007: 78-79)

Como podemos apreciar, tanto el trabajo como el consumo participaban de un orden del mundo presidido por la tradición, en el que el tiempo imperante, aquel que daba sentido a todas estas actividades, era el del pasado. Ahora bien, se trataba de un tiempo que no sólo aparecía como una estructura dominante. En cuanto tiempo institucionalizado, actuaba también como soporte de toda una serie de costumbres y de tradiciones que conformaban las identidades, dando seguridad y confianza a los individuos que se integraban en los distintos grupos sociales. Por lo que se refiere al trabajo, sirvió, por ejemplo, para que los artesanos se opusiesen a aquel otro tiempo racional y productivista que iba a implantarse con la Revolución Industrial (Thompson, 1979). Desde el punto de vista del consumo, impidió que esta esfera, integrada como estaba en el mundo de la tradición, fuese erosionada y sometida a los principios que iban a gobernar más tarde la sociedad de mercado (Polanyi, 1997: 121 y ss). En ambos casos estamos hablando de tiempos institucionalizados, profundamente arraigados en la costumbre y en la tradición y, por tanto, ajenos a toda lógica mercantil y productivista, que actuaron como barreras culturales frente a la invasión de otros tiempos, que sin embargo acabarán imponiéndose como tiempos dominantes

La modernidad significó precisamente la instauración de otra representación del tiempo abiertamente opuesta a la que hasta ese momento había imperado. Al tiempo de la tradición vinculado al pasado, le sucederá ahora otra concepción del tiempo en el que el trabajo y el consumo desempeñarán un papel cada vez más preponderante, creando una nueva temporalidad orientada hacia el futuro.

3. MODERNIDAD Y TIEMPO DE PROGRESO

A esta nueva temporalidad, que irá consolidándose a lo largo de la época moderna, contribuyeron una serie de acontecimientos. El Protestantismo, la nueva mentalidad religiosa que emergió con el mundo moderno, colaboró especialmente en este sentido. Como se sabe, en su intento de encontrar el camino de la salvación, el creyente se entregó al ejercicio de su profesión con una actitud austera, racional e intramundana (Weber, 1998). El tiempo de trabajo se consolidó así como tiempo dominante, un tiempo orientado a la consecución de mayores cotas de riqueza que serán reinvertidas en la acumulación de nueva riqueza, en el contexto de un proceso laboral continuo, expansivo y proyectado hacia el futuro. Este pensamiento, en un primer momento penetrado aún de elementos religiosos, se transformará posteriormente en una moral secular y productivista orientada hacia el futuro.

La Ciencia Moderna impulsó también esta nueva temporalidad (Pomian, 1984: 294). Al poner en cuestión toda experiencia mundana no fundada en la razón y en la experimentación, la ciencia cimentó una visión de la realidad basada en la acción transformadora que el hombre ejerce sobre la naturaleza en su propio beneficio. “El verdadero fin y la función de la ciencia”- escribirá Bacon desde esta perspectiva- no está “en discursos plausibles, divertidos, memorables o llenos de efectos, o en supuestos argumentos evidentes, sino en el obrar y trabajar, y en el descubrimiento de datos hasta ahora desconocidos para un mejor equipamiento y ayuda en la vida” (Citado en: Horkheimer y Adorno, 2002: 51). Este punto de vista liberó todas las potencialidades de la ciencia, embarcándola en un proceso abierto de transformación de la naturaleza cuya meta se situaba en un futuro de progreso material indefinido.

Esta nueva dimensión del tiempo se consolidó definitivamente, convirtiéndose en una experiencia cotidiana y corriente, con la industrialización de las sociedades (Bury, 1971: 290-91). A partir de este momento, todas aquellas actividades que contribuían especialmente al incremento de la riqueza adquirieron especial relevancia pública. Todas ellas fueron pensadas en relación con el afán productivista e insaciable de unas sociedades que interpretaron este productivismo como el signo principal de todo progreso.

En este contexto el trabajo se elevó al primer plano de la esfera pública, no sólo porque se estimase que era el motor principal del proceso productivo y por tanto de la riqueza, sino también por entenderse que a partir de él era posible el desarrollo de los individuos y de la sociedad en su conjunto³. En efecto, toda una corriente de pensamiento que va desde Smith a Durkheim pasando por los Socialistas y Marx, concibió esta actividad como la fuente de toda riqueza, como el origen de la misma humanidad y, en definitiva, como el criterio fundamental a partir del cual debía estructurarse con justicia la sociedad, para que así se posibilitase el libre progreso de los individuos y de la colectividad (Durán Vázquez, 2006).

Las experiencias laborales posteriores a la Segunda Guerra Mundial contribuyeron a hacer realidad todo este ideario. En efecto, en un contexto presidido por el crecimiento económico y el pleno empleo, el trabajo se convirtió en una experiencia estable y duradera (Alonso, 2001: 195). Este escenario alimentó las expectativas de movilidad y de progreso social a través del empleo, haciendo visible, como nunca anteriormente, el tiempo moderno de progreso (Castel, 2001: 376). De este espíritu participaba también el sociólogo británico T.H Marshall, quien al comienzo de estas tres décadas de prosperidad comentaba con gran optimismo: “La pregunta- decía- no es si todos los hombres llegarán finalmente a ser iguales, que ciertamente no lo serán, sino si el progreso avanza constante, aunque lentamente, hasta que, al menos por su trabajo, todo hombre sea un caballero”. Y concluía confiadamente: “Yo

sostengo que sí avanza y que esto último ocurrirá” (Citado por Bottmore en: Marshall y Bottmore, 1998: 18). El caballero tendría toda una serie de derechos sociales reconocidos vinculados a su trabajo, derechos que lo convertirían en un verdadero ciudadano orgulloso de contribuir con su esfuerzo a la riqueza y a la prosperidad de su comunidad de pertenencia (Marshall, 1998: 78)

El tiempo moderno se configuró también en torno a la esfera del consumo, aspecto esencial del desarrollo económico y social de las sociedades de mercado. Desde el punto de vista material, el consumo ya no atenderá principalmente a una serie de utilidades concretas. Su expansión dependerá, por el contrario, de criterios vinculados al propio sistema económico. Desde este momento, el consumo se integrará en el ciclo de la producción capitalista, alimentando el proceso de crecimiento continuado de la riqueza. Es posible seguir esta mutación a través de la obra de Adam Smith y de David Ricardo. Para el primero, el consumo aún conserva una cierta dimensión no económica cuya finalidad es atender a las necesidades de la vida humana. “El total del producto anual de la tierra y del trabajo de un país- señala- se destina, en último término, a satisfacer las necesidades de consumo de sus habitantes, y a procurarles los ingresos necesarios para ello” (Smith, 1997: 300). Para el segundo, sin embargo, esta dimensión se ha perdido por completo. Desde su punto de vista, sólo serán valorados como objetos de consumo las mercancías que posean un determinado valor de cambio, esto es, aquellas en las que ha sido necesario depositar una cierta cantidad de trabajo para producirlas (Ricardo, 1959: 219-20). En este nuevo contexto, el tiempo se construye en relación con la necesidad que tiene el sistema económico de estar produciendo constantemente nuevos valores de cambio, es decir, nuevas mercancías destinadas a ser vendidas y consumidas, generando así cada vez más capital y, por tanto, más riqueza. El tiempo adquiere en este contexto un carácter lineal y progresivo, que lo consolidará como tiempo de progreso.

Ahora bien, el consumo no sólo alimentó esta temporalidad en relación con los requerimientos del sistema económico, sino también porque se incorporó a los estilos de vida de los distintos grupos sociales. En un primer momento, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, fueron los miembros de las clases medias más acaudaladas vinculadas al comercio y a la industria las que se incorporaron al consumo; más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, con la eclosión del sistema de producción fordista, lo hicieron las demás clases sociales, a excepción de las más marginales, dando lugar así a la aparición de la sociedad del consumo de masas (Bocock, 1995: 29 y ss). Con independencia de su contribución a la igualación de las clases⁴, el acceso al consumo permitió una elevación como nunca antes de los niveles de vida de los estratos sociales más modestos, otorgando a los individuos una confianza sin precedentes en sus oportunidades vitales futuras. Aunque no se aspirase a “ser más”, no había que “ser menos”, había escrito agudamente Sánchez Ferlosio sintetizando el espíritu de la época (Citado en: Alonso, 2005: 34). Se instauró así una norma de consumo de masas, norma que hacía visibles los valores democráticos de igualdad y libertad en unas sociedades articuladas en torno a las clases (Lipovestky, 2007 y 1990: 22 y ss, y 119 y ss). Esta situación se integró en la conciencia biográfica de las distintas clases sociales, que proyectaron sus experiencias en el mundo del consumo según una dimensión temporal que, partiendo del pasado, se extendía hacia un futuro de prosperidad indefinida.

Del modo hasta aquí referido se produjo la progresiva institucionalización del tiempo de progreso en los dos campos objeto de este estudio. Con arreglo a esta temporalidad se construyeron las distintas identidades sociales y se legitimaron las sociedades modernas

vertebradas en torno a las clases. Ahora bien, la etapa actual de la modernidad ha inaugurado otra noción del tiempo que estructura las experiencias de los sujetos en los distintos ámbitos sociales, y en particular, en los aquí analizados. A mostrar las claves de esta transformación estará dedicado el último capítulo de este trabajo

4. INDIVIDUALIZACIÓN, LIBERACIÓN Y COMPULSIÓN: LAS REPRESENTACIONES DEL TIEMPO EN LA MODERNIDAD TARDÍA EN LOS MUNDOS DEL TRABAJO Y DEL CONSUMO

La modernidad tardía ha roto con el tiempo moderno de progreso instaurando otra temporalidad más orientada hacia el presente. Ya no es la flecha apuntando lineal y progresivamente hacia el futuro la que sirve como metáfora de esta última modernidad, sino el boomerang, que, impulsado libremente, regresa, amenazante, con la misma fuerza con la que ha sido lanzado. Las actuales representaciones del tiempo responden más a esta última imagen, en la que el binomio presente-futuro de la modernidad plena ha sido invertido en favor de un futuro que se sitúa en el primer término de la ecuación, plegándose permanentemente sobre el presente (Luhmann, 1996: 153 y ss, Laïdi, 1998). La confianza que había depositado la época anterior en las posibilidades de planificar el futuro desde la seguridad del presente, se ha tornado ahora incertidumbre, desconfianza e inseguridad, lo que obliga a los individuos a estar continuamente alerta frente a los cambios imprevisibles que se ciernen sobre su entorno. Ahora bien, esta imagen del tiempo no presenta una única dimensión negativa, que en sí misma resultaría desmovilizadora y desmotivadora para los sujetos. Aparece, asimismo, en un contexto social más liviano y con menos obligaciones colectivas, como una fuente de posibilidades y oportunidades para construir las propias identidades de una forma más autónoma y libre, en consonancia con una imagen del tiempo que no es ajena, por otra parte, a los estilos de vida imperantes en la modernidad tardía (Beriain, 2008: 158). ¿Cómo se manifiesta esta representación del tiempo en las esferas del trabajo y del consumo?

Por lo que hace referencia al mundo del trabajo, la crisis del modelo de producción fordista, que comenzó a gestarse a mediados de los años setenta en la mayoría de los países occidentales, y la reducción de la demanda que la crisis de dicho modelo ha comportado, ha abierto un nuevo escenario productivo mucho más intensivo en tecnología que en mano de obra (Piore y Sabel, 1990: 273-74). Las estructuras productivas planificadas y rígidas de la época anterior se han hecho ahora mucho menos planificadas y más flexibles, para responder así a los cambios de la demanda (Alonso, 2007: 73). Como consecuencia de todo ello, el paro se incrementó y el trabajo se hizo más irregular e inestable (OCDE, 2000: 41). En este contexto, se fueron erosionando las anteriores concepciones del progreso ancladas en el crecimiento económico y el empleo estable y casi pleno, emergiendo en su lugar otras más ajustadas a los nuevos escenarios productivos y laborales mucho más flexibles e inestables. Concepciones que, por otra parte, no son refractarias al espíritu de una época desvinculada del pasado y que vive el presente, unas veces con plenitud y otras con incertidumbre y angustia, pero sin un horizonte claro en el futuro (Beriain, 2008: 158).

En estas circunstancias el tiempo adquiere una doble dimensión. Por un lado, aparece como un hecho objetivo, al que los sujetos no tendrían más remedio que acomodarse. Desde esta perspectiva, “el cambio se construye como inevitable, como circunstancia externa (...) como un proceso sin actores responsables” (Fairclough, 2000: 13) y, por tanto, también sin culpables (Sennett, 2001: 102-103). Por el otro, es visto como el escenario en el que los

individuos pondrían a prueba sus distintas oportunidades vitales.

Ambas representaciones del tiempo se han incorporado al discurso de las élites políticas y empresariales, convirtiéndose en ideas corrientes en unos ámbitos laborales tan flexibles y cambiantes. Desde el primer punto de vista, el que acentúa el carácter objetivo e impersonal del tiempo, podemos leer en las obras de los autores de la nueva gestión empresarial: “el cambio se convierte en regla y la estabilidad en excepción” (Sérieyx, 1994: 72); “el cambio es la norma” (Drucker, 2000: 112). Esta noción del tiempo actúa disciplinando a los sujetos, sin que dicha disciplina esté vinculada a ninguna agencia en concreto. En un escenario como este se invoca constantemente a los trabajadores a renovar sus capacidades laborales, lo que con frecuencia es fuente de numerosas angustias e incertidumbres (Sennett, 2001: 100-101). Para sobrevivir en un entorno tan cambiante, se escribe desde algunas instancias políticas internacionales, es necesario que los sujetos actúen “de manera preventiva desarrollando capacidades para enfrentarse al cambio” (OCDE, 1991: 155). En este contexto se inscribe la Estrategia Europea de Empleo, desarrollada en diversas cumbres entre 1998 y 2000, que propone fomentar la empleabilidad tratando de que los individuos activen sus distintas actitudes y capacidades para adaptarse a los nuevos escenarios laborales (Chassard y Bosco, 1998; Serrano, 2000). Las cualificaciones laborales dejan de ser en este ámbito el fruto de un proceso de adquisición y de acumulación de conocimiento logrado a través de los años, para devenir un conjunto de actitudes y capacidades, habitualmente agrupadas en el concepto de competencia, (Alalauf y Stroobants, 1994) que hay que estar actualizando permanentemente en los distintos contextos laborales. Para decirlo en los términos de Bauman, las cualificaciones ya no se conciben como algo dado, sino como el fruto de una tarea que es responsabilidad de los actores (Bauman, 2006: 37)

Ahora bien, a este discurso que enfatiza la necesidad de cambiar y de adaptarse, se superpone otro más motivante en el que el tiempo, por así decirlo, estaría del lado de las personas. Discurso al que, por otra parte, no son ajenos todos aquellos trabajadores que, tal como ha mostrado Nicole Aubert, se han “instalado en el momento presente, en la lógica de la no demora, regocijándose en la ilusión de poder conquistar el tiempo” (Citado en: Bauman, 2007: 129-30). Desde esta perspectiva, se trataría de anticipar el cambio (Landier, 1992: 204), de ir por delante de él, rompiendo con las rutinas alienantes y degradantes de la época fordista. Se crearía así un entorno laboral en el que los sujetos puedan desarrollarse más libre y plenamente. “La era del trabajador anónimo se ha acabado- anuncian los gurús del management postfordista-. Esa era pesada del trabajador casi autómatas de la cadena de producción en una factoría Ford..., esa era ha muerto. Bien muerta” (Peters, 2002: 46). Del nuevo trabajador se reclamarán, por el contrario, una serie de cualidades “que van mucho más allá de la simple competencia técnica, y que movilizan toda la personalidad en su conjunto” (Landier, 1992: 130), haciendo posible el progreso y el desarrollo de cada individuo en su puesto de trabajo. “Uno no puede permitirse hoy en día considerar su trabajo como un simple empleo- afirman los ideólogos de la nueva ética del trabajo-: es necesario verlo de ahora en adelante como una pasarela que conduce a nuevas perspectivas de carrera” (Génelot, 1992: 213). La polivalencia se convierte en este contexto en un valor clave (Le Goff, 1999: 15). El cambio adquiere así una connotación mucho más positiva, ya no es sólo un hecho inexorable e inexcusable, aparece también como la ocasión para construir nuevas identidades más completas y dinámicas. Las necesidades del sistema se convierten en este escenario en verdaderas oportunidades para que los actores progresen dentro de la empresa, produciéndose así una perfecta identificación entre los intereses individuales y los colectivos.

Detrás de este lenguaje, cargado de apelaciones al enriquecimiento personal, a la

motivación, a la participación, a ir por “delante del tiempo”, hay un intento de reencantar el trabajo, justo en el momento en que la ética del trabajo fordista, basada en la gratificación postergada, menos capacidad movilizadora tiene (Sennett, 2001: 103 y ss; Boltanski y Chiapello, 2002: 59). Como ha escrito André Gorz: “Jamás la función “irreemplazable”, “indispensable” del trabajo en tanto que fuente de “lazo social”, de “cohesión social”, de “integración”, de “socialización”, de “identidad personal”, de sentido, ha sido invocada tan obsesivamente como desde que no puede llenar ninguna de esas funciones” (Gorz, 2000: 67). Ahora bien, este nuevo reencantamiento del trabajo no es ajeno a los valores individualistas imperantes en la última modernidad que sitúan a los sujetos en el centro de todas las decisiones, convirtiéndolos en los auténticos constructores de sus propias biografías, sin apenas referencia a ninguna entidad colectiva (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 69 y 94). Valores que se han ido gestando a lo largo de la modernidad a medida que los sujetos se han ido haciendo cada vez más dependientes del mercado de trabajo y menos dependientes de otras instancias colectivas. Los nuevos discursos laborales incorporan también estos valores, por lo que quizás su contenido resulte más asumible y menos chocantes para los sujetos.

Todo este proceso conduce finalmente a un debilitamiento de las identidades (Dubar, 2002: 113 y ss). Si en la época fordista todavía se entendían según una secuencia temporal larga, gradual y continúa proyectada hacia el futuro, ahora esta secuencia se ha hecho mucho más irregular y no acumulativa (Alonso, 2007: 83 y ss; Dubar, 2002: 189 y ss) descomponiendo las identidades en un conjunto de posibilidades virtuales que sólo son validadas en el seno de la empresa. Por esta vía, se ha producido una expropiación del tiempo que, por más que digan los defensores de los nuevos discursos laborales, ya no es controlado por los sujetos. Éstos, sin un pasado al que remitir sus propias experiencias laborales ni un futuro claro al que trasladarlas, cada vez más dependientes del mercado laboral y sin fuertes vínculos sociales, basculan entre la inseguridad, la urgencia y las oportunidades individuales que parece brindarles este mismo escenario productivo (Beck, 2006: 215 y ss). Se crea así un ambiente de angustia y de incertidumbre, pero también la sensación, tan cara al hombre tardo-moderno, de que es él quien en este entorno tan inseguro e inestable construye su propia biografía, y de que el tiempo está, por tanto, de su lado.

Esta temporalidad que, cual Jano, ofrece una doble faz acuciante y liberadora, no es exclusiva de los ambientes laborales. A ella también se amolda, con sus propias peculiaridades, el mundo del consumo.

Existe un amplio consenso entre los investigadores sociales sobre el hecho de que en la sociedad de consumo de masas postfordista se ha producido una ruptura progresiva con los modelos de consumo anteriores masificados y homogéneos, modelos que han sido sustituidos por otros más vinculados a estilos de vida individualistas y personalizados (Bocock, 1995; Lipovestky, 1987, 1990 y 2007; Bauman, 2006 y 2007). Este hecho estaría relacionado tanto con los cambios en el sistema económico, en el sentido de que las empresas han optado, para sobreponerse a la crisis del modelo de producción en masa fordista, por una creciente diversificación de los mercados, innovando constantemente y personalizando mucho más sus productos (Lipovestky, 2007: 69 y ss), como con las transformaciones sociales, a las cuales ha contribuido particularmente el mundo del consumo, dando paso a una sociedad en donde las clases sociales y las tradiciones vinculadas a ellas han perdido peso en favor de estrategias de vida más personalizadas e individualizadas (Beck, 2006: 215 y ss; Beck y Gernsheim, 2003: 19 y ss; Lipovestky, 2007: 10-32; Bocock, 1995: 149-50). Ambos aspectos confluirían finalmente en el mismo fenómeno. En efecto, en ausencia de tradiciones familiares y de clase fuertemente vinculantes, los individuos se entregarían a formas de vida reguladas por los

imperativos del consumo que entroniza el mercado (Beck, 2006: 216). Por un lado, el mercado estandariza e impone sus leyes a los ciudadanos, que cambian constantemente sus preferencias en virtud de los vaivenes de la moda. Por el otro, estos cambios de preferencias se asocian con identidades subjetivas que se afirman en los distintos actos de consumo. En este escenario, el tiempo de progreso de la modernidad plena pierde sentido a medida que se deshistoriza e individualiza, a medida que rompe sus lazos con las anteriores trayectorias de movilidad social ascendente vinculadas a la competencia entre las distintas clases sociales, que eran proyectadas hacia un futuro de progreso tranquilo e indefinido (Lipovestky, 2007: 36 y ss). Al no existir relatos coherentes e interiorizados vinculados a determinados itinerarios familiares o de clase, las experiencias y los deseos se disuelven en la sensación de lo inmediato y de lo intensamente vivido y constantemente renovado en los distintos escenarios de consumo. De un tiempo gradual, lineal y progresivo de la etapa anterior se pasa ahora a una concepción del tiempo discontinua y articulada en torno a una serie de presentes perpetuos (Featherstone, 2000: 204) o de instantes eternos (Bauman, 2007: 52).

El tiempo adquiere en este contexto, como luego veremos, esa doble dimensión que ya observáramos en el mundo del trabajo. Aparece a la vez como un hecho liberador y opresivo, como una realidad objetiva y subjetiva, cuyo único vector es el presente. Liberador y subjetivo, porque los individuos sienten que son los constructores de sus propios proyectos y formas de vida, hasta el extremo que parece que “las decisiones sobre los estilos de vida están como “deificadas” (Beck y Gernsheim, 2003: 47). Opresivo y objetivo, porque estas mismas decisiones están sometidas a las presiones de un mercado que regula la vida de los individuos, creando con ello la sensación de más posibilidades de elección, pero también de más inseguridades e incertidumbres. El consumo crea así en los individuos esa doble imagen de “angustia existencial y de placer asociado a los cambios” (Lipovestky, 2006: 83-84). Abundemos un poco más en estos aspectos.

Como fenómeno subjetivo y liberador, el consumo ha exacerbado los comportamientos más individualistas y hedonistas, desplazando hacia el individuo el peso y la carga de sus decisiones en un marco de libertad cuya última referencia es la propia autonomía de cada sujeto (Lipovestky, 2006: 67; Bauman, 2007: 88-89). Por encima de las constricciones morales familiares o de clase, se afirma así una moral individual replegada sobre el propio yo reificado. El consumo contribuye de manera especial a la construcción de esta individualidad deshistorizada, destradicionalizada y volcada hacia el presente. Sin vínculos sociales fuertes que los anclen a una temporalidad históricamente construida, los nuevos consumidores alientan sus ansias individuales de renovación constante, de “nuevos comienzos y resurrecciones” (Bauman, 2007: 73), de creación y recreación de la propia identidad. Se trata, de este modo, de evitar el desgaste del yo vinculándolo a las nuevas experiencias que parecen prometer los escenarios y los objetos de consumo (Lipovestky, 2007: 63 y ss). Experiencias en las que se perciben otras tantas oportunidades de realización y de liberación personal. Todo ello, insta una temporalidad que no admite más dilación que aquella que actualiza permanentemente el presente con cada nuevo acto de consumo. En efecto, al haber reducido el mundo a un gran escenario en el que edificar nuevas experiencias a través de los objetos, de los viajes o incluso del propio cuerpo, éste se vuelve rápidamente viejo cada vez que esas realidades agotan sus posibilidades de comunicar nuevas experiencias. Si el mundo, tal como nos ha mostrado Hannah Arendt, es lo viejo que hay que preservar frente a la irrupción devastadora de lo nuevo, no sólo para su conservación y perpetuación, sino también para su propia renovación (Arendt, 2003b: 295), la sociedad de consumo actual, con su afán por crear y devorar toda la cantidad de objetos y artefactos que produce, ha rejuvenecido el mundo hasta

el punto de haber “desgastado su durabilidad” (Arendt, 1998: 139), su profundidad temporal, lo que permitía a las nuevas generaciones apropiarse de los conocimientos y de las experiencias que les ofrecían las antiguas. Todas las generaciones parecen coincidir hoy, sin embargo, en el mismo deseo de vivir experiencias intensas y nuevas, de renacer con cada actividad consumista, por lo que no es extraño encontrar en todos sus miembros el mismo interés por mostrar una apariencia joven, dinámica y flexible centrada en uno mismo y en el presente (Lipovestky, 2007: 64 y ss; 112 y ss). Lo más llamativo y sorprendente, visto con una cierta perspectiva histórica, es que el tiempo dedicado al consumo haya sido finalmente identificado con un momento de autonomía y de liberación, cuando en realidad es, para la mayoría de las personas, un tiempo no productivo en el que los sujetos, liberados de sus obligaciones laborales, se entregan al entretenimiento y al goce consumista, y en el que toda pluralidad se agota en la identidad que procuran los diferentes objetos y las distintas experiencias de consumo.

Este escenario presentista, deshistorizado y profundamente individualista, que promete una libertad y una autonomía casi sin límites, es asimismo fuente de numerosas angustias e inseguridades para los sujetos. En efecto, si la autonomía y la liberación significan que los individuos se desprenden de todo tipo de imposiciones colectivas, también implica que sólo ellos pueden cargar con el peso de sus acciones y de sus decisiones, que son ellos los únicos responsables de sus propias vidas (Bauman, 2007: 121 y ss). La época actual pone así frente a frente al “Narciso liberado” y al “Narciso encadenado” (Lipovestky, 2007: 119), al que quiere elegir y al que tiene que elegir, al individuo que desea y al que debe renovarse y recomponer su identidad permanentemente.

Todas estas contradicciones que asolan a los individuos tardo-modernos originan numerosas obsesiones y angustias. Tales como las que tienen que ver con el cuerpo y la salud, signo del deseo de una juventud perpetua, toda vez que la edad y la experiencia que a ella va aparejada, ya no confieren el prestigio de antaño, en unas sociedades que no creen en la continuidad de las generaciones (Lash, 1999: 253 y ss) y, por tanto, ni en el pasado ni en el futuro, otorgando más valor al cambio, a la flexibilidad y a la adaptabilidad permanentes. En este contexto las identidades se vuelven frágiles. Desprendidas de los vínculos colectivos que las remitían al pasado o hacia el futuro, las biografías se construyen y se reconstruyen como proyectos constantemente inacabados (Bauman, 2007: 150 y ss), lo que crea en los sujetos esa sensación de inseguridad e inestabilidad, pero también de múltiples opciones y posibilidades de liberación, que a la postre crean nuevos sentimientos de inseguridad que son el punto de partida para nuevos comienzos.

Hemos visto hasta aquí como en la modernidad tardía los mundos de trabajo y del consumo responden a una misma representación del tiempo. En los dos ámbitos el proceso de modernización ha conducido a la ruptura con las tradiciones familiares y de clase, y a una mayor dependencia con respecto al mercado, lo que ha desencadenado un creciente individualismo (Beck, 2006: 216 y ss; Beck/Beck-Gernsheim, 2003). En las condiciones instauradas por el mercado laboral y de consumo postfordista los individuos, dependientes de estos mercados, se ven sometidos al imperativo de la urgencia y del cambio permanente, imperativo sancionado y legitimado por los discursos laborales y publicitarios. No obstante, esta necesidad de cambio es también presentada, en virtud de este mismo individualismo, como una oportunidad de desarrollo y de liberación para los sujetos. El tiempo adquiere así en estos dos escenarios la misma cualidad objetiva y opresiva, subjetiva y liberadora. Predomina en ellos la misma ruptura con el pasado y la misma necesidad y deseo de anticipar el futuro disolviéndolo en el presente. En este contexto, tan ambivalente, contradictorio, inseguro e

incierto, operan las visiones del tiempo con las que los individuos han de manejarse hoy para construir sus respectivas identidades.

NOTAS

¹ Este hecho explica el escaso desarrollo técnico alcanzado por el mundo griego y romano, toda vez que la técnica nunca se pensó en función del trabajo y de la producción, sino del usuario y de sus necesidades concretas y limitadas (Vernant, 1985: 280 y ss)

² Aun cuando se haya dicho que el cristianismo rompió con esta temporalidad creando un tiempo lineal, único e irrepetible que se inicia con Adán y culmina con el nacimiento y la muerte de Cristo, estos acontecimientos fueron percibidos como únicos dentro de una historia humana que se repite y que sirve de ejemplo a todos los mortales. Ver: Arendt, 2003: 107 y ss

³ Es preciso aclarar que el trabajo comenzó a ser estimado como una actividad importante para los hombres y para la sociedad mucho antes de la Revolución Industrial. Este proceso tuvo lugar a lo largo de la época Moderna, dentro de una corriente de pensamiento que se inicia con Locke y continúa con los Mercantilistas y los Fisiócratas (Durán Vázquez, 2006). No obstante, su consagración definitiva no se produjo hasta que no comenzaron a industrializarse las sociedades, fue entonces cuando el pensamiento Liberal y el Socialista, cada uno desde su particular ideología, convirtieron el trabajo en materia de principal interés público

⁴ Los estudios sociológicos han mostrado que esta igualación no se ha correspondido con el avance social de los grupos sociales menos favorecidos, por lo que las diferencias entre estos grupos y los más elevados se han mantenido en buena medida (Beck, 2006: 128 y ss., Bourdieu, 2006: 156 y ss). En este contexto ha imperado la dinámica social que Simmel había observado en las sociedades modernas, en las que cualquier aproximación de los grupos inferiores a los superiores fue seguido de un deseo renovado de aquéllos por diferenciarse de éstos (Simmel, 1988: 26 y ss).

BIBLIOGRAFÍA

- ALALUF, M. y STROOBANTS, M. (1994): “¿Moviliza la competencia al obrero?”, en *Revista Europea de Formación Profesional*, 1: 46-55.
- ALONSO, L. E. (2001): *Trabajo y Postmodernidad*, Madrid, Fundamentos
- (2005): *La era del consumo*, Madrid, Siglo XXI.
- (2007): *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, Anthropos.
- ARENDT, H. (2003a): “El concepto de historia. Antiguo y Moderno”, en ARENDT, H., *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península.
- (2003b): «La crisis de la cultura: su significado político y social», en ARENDT, H., *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península.
- (1998): *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- BAUMAN, Z. (2006): *Modernidad líquida*, Madrid, FCE.
- (2007): *Vida de consumo*, Madrid, FCE.
- BECK, U. (1986): *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós.
- BECK, U. y BECK-GERSHEIM, E. (2003): *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.
- BELL, D. (1977): *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza.
- BERGER, P.L. y LUCKMANN, Th. (1988): *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*, Barcelona, Paidós.
- BERIAIN, J. (2008): *Aceleración y tiranía del presente: La metamorfosis en las estructuras temporales de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.
- BOCOCK, R. (1995): *El consumo*, Madrid, Talasa.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPPELLO, È. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.

- BOURDIEU, P. (2006): *La distinción*, Madrid, Taurus.
- BURY, J. B. (1971): *La idea de progreso*, Madrid, Alianza Editorial.
- CASTEL, R. (2001): *Las metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- CASTELLS, M. (2000): *La era de la información*, Vol I: *La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial.
- CASTORIADIS, C. (1989): *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets.
- CHASSARD, Y. y BOSCO, A. (1998): «L'urgence du concept d'employabilité», en *Droit Social*, 11: 903-911.
- DAHRENDORF, R. (1974): *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Rialp.
- DUBAR, C. (2002): *La crisis de las identidades*, Barcelona, Bellaterra.
- DURÁN VÁZQUEZ, J. F. (2006): "La construcción social del concepto moderno de trabajo", en *Nómadas*, 13.
- (2006): "Los nuevos discursos del mundo del trabajo", en *Cuaderno de Relaciones Laborales*, 24, 2: 175-199.
- DRUCKER, P. (2000): *El management del siglo XXI*, Barcelona, Edhasa.
- DURKHEIM, É. (1992): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal.
- FAIRCLOUGH, N. (2000): "Representaciones del cambio en el discurso neoliberal", en *Cuaderno de Relaciones Laborales*, 16: 13-35.
- FEATHERSTONE, M. (2000): *Cultura de consumo y posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GAZIER, B. (1990): «L'employabilité: brève radiographie d'un concept en mutation», en: *Sociologie du Travail*, 37, 4: 575-584.
- GENELOT, D. (1992): *Manager dans la complexité*, París, Insep Éditions.
- GORZ, A. (1997): *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema.
- (2000): *Misericordias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. W. (2002): *Dialéctica de la Ilustración*, Barcelona, Círculo de L.
- LAIDI, Z. (1998): "L'urgence ou la dévalorisation culturelle de l'avenir", en *Esprit*, 240: 8-20.
- LANDIER, H. (1992): *Hacia la empresa inteligente*, Bilbao, Deusto.
- LASÉN DÍAZ, A. (2000): *A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles*, Madrid, CIS.
- LASH, C. (1999): *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello.
- LE GOFF, J. (1983): "Oficio y profesión según los manuales de confesiones de la Edad Media", en Le Goff, J.: *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*, Madrid, Taurus.
- (1983): *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*, Madrid, Taurus.
- (1969): *Civilización del Occidente Medieval*, Barcelona, Juventud.
- (1999): *La barbarie douce*, París, La Découverte.
- LIPOVESTKY, G. (1986): *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
- (1990): *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama.
- (2006): *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama.
- (2007): *La felicidad paradójica*, Barcelona, Anagrama.
- LUHMANN, N. (1996): *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Anthropos.
- MARSHALL, T. H. y BOTTMORE, T. (1998): *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza Editorial.
- MÉDA, D. (1998): *El trabajo, un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.
- OCDE (2000): *Estudio sobre el empleo (Parte I)*, Barcelona, Universitat Autònoma.
- (1991): *Políticas de mercado de trabajo en los noventa*, Madrid, Ministerio de Trabajo y S.S.
- PETERS, T. (2002): *La formación en la empresa del III milenio*, Madrid, Nowtilus.
- PIORE, M. J. y SABEL, C. H. (1984): *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- POLANYI, K. (1997): *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta.
- POMIAN, K. (1984): *L'ordre du temps*, París, Gallimard.
- PRIETO, C. (1999): *La crisis del empleo en Europa (2 Vols)*, Valencia, Germania.
- RAMOS TORRE, R. (1987): "El presente ubicuo: tiempo y sociedad en una época de crisis", en *Revista de Occidente*, 76: 96-107.
- RICARDO, D. (1959): *Principios de economía política y tributación*, Madrid, Aguilar.
- SENNETT, R. (2001): *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.
- SÉRIEYX, H. (1994): *El Big Bang de las organizaciones*, Barcelona, Ediciones B.
- SERRANO PASCUAL, A. (2000): "El concepto de empleabilidad en la estrategia europea de lucha

contra el desempleo: una perspectiva crítica”, en *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 21: 137-149.

SIMMEL, G. (1988): “La moda”, en Simmel, G., *Sobre la aventura*, Barcelona, Península.

SMITH, A. (1997): *Sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, FCE.

THOMPSON, E. P. (1979): “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial”, en Thompson, E.P., *Tradición, Revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.

- (1995): *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.

VEBLEN, T. (2003): *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza.

VERNANT, J.P. (1985): *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona, Ariel.

WEBER, M. (1998): “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, en Weber, M., *Ensayos sobre sociología de la religión* (Vol I), Madrid, Taurus.

Breve currículum:

José Francisco Durán Vázquez

Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración y en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago. Licenciado y Doctor en Sociología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. En la actualidad es Profesor de Sociología en la Universidad de Vigo.
